

## EL OCIO, LA LIBERTAD Y LA CIBERNETICA

En este mundo de ajetreo, en el que todos los humanos nos enloquecemos con el barullo de los negocios y en el que las máquinas, en lugar de ayudarnos, ya también nos gritan y nos aturden, nada mejor que tender la vista hacia el mundo clásico para aprehender algo de su mensaje respecto del ocio y aprender a no perder la libertad junto con los nervios.

Ocio y libertad tienen mucho en común en los clásicos greco-latinos, y en este trabajo me propongo destacar esas relaciones, proyectándolas a nuestro mundo moderno, donde destacamos alarde de la cibernética, nueva ciencia o nuevo estado, que puede tanto quitarnos la libertad como contribuir a nuestro ocio.

Como sería muy extenso el bucear al respecto fuera de los grandes clásicos, me circunscribiré principalmente a dos griegos, Platón y Aristóteles, y a dos latinos, Cicerón y Séneca.

1. — *Términos para el ocio. Sentio y tipos.*

Es sabido que el término "ocio" proviene de "otium", con muchos sentidos entre los romanos. El concepto estaba entre los griegos, quienes hablan de "sjolé", de donde ha salido a través del latín "escuela".

A mi juicio, hay en los clásicos dos grandes tipos de ocio: uno negativo o improductivo; otro positivo o productivo. Creo que del análisis de las diferentes citas de los antiguos, pueden todas catalogarse en uno u otro. El improductivo va de la simple inactividad (1.1) a la cesación de trabajo, esto es, al descanso (1.2). El productivo puede ser individual o grupal. Dentro del primero está la ocupación del tiempo libre (1.3); dentro del segundo, la búsqueda de la compañía de otros (1.4) o la asociación para la acción intelectual, la escuela (1.5).

1.1. — El más improductivo de todos los ocios es la pasividad, *la vacuidad*, la vagancia. Fedra, en la larga reflexión que hace a las mujeres trececientas del Coro sobre las debilidades humanas, incluye, entre las grandes "hedonái" o placeres que ofrece la vida, la "sjolé", la inacción, lo que podría verse por el tan significativo moderno "dolge far niente", pues lo llama "agradable mal" ("terp-nón kakón") (*Eur. Hipól.*, 383-384).

Por ello "sjolé" era interpretado a menudo como pérdida de tiempo. Así lo afirma Clitemnestra en Agamenón (v. 1055), de donde "u sjolén títhei", "no pongas lentitud, no te demores (v. 1059).

Aristóteles opone "sjolé"/"asjología" como inacción/acción (*Política*, 1334, a, 15) (Cfr. igualmente "sjolázein"/"asjolén" *Ibidem*, 1337 b, 31).

Los latinos también dan a la palabra "otium" este valor negativo, como podríamos mostrar multiplicando las citas. Cicerón condena en *De lege agraria* tal tipo de ocio, pues se vive en él por desidia (2, 37, 103). En él se languidece (*Ac. C.* 2, 2, 4; *De Deo. nat.* 1, 4, 7), en él uno se consume (*Ep. At.*, 2, 14, 1; Cfr. *Ter.*, *Ad.*, 5, 4, 9; *Tác. Hist.*, 4, 70).

Séneca critica el que se considere feliz al que vive ociosamente. Por eso, al referirse a Vatia, envidiado porque decía la gente mirando su villa "¡Este sí que sabe vivir!" (*Ep.* 6, 55, 3), Séneca argüía "Aquí yace Vatia", "Aquí Vatia se oculta, no vive" (*Ibidem*, 4). Asegura que, engañado el vulgo por la apariencia,

crea que el hombre ocioso vive contento, cuando eso no es vida (*Ibidem*). Sería mejor decir pereza, miedo, eclipsamiento, a causa del fracaso de sus ambiciones y de no poder soportar la felicidad ajena (*Ibidem*, 5). ¡A cuántos de nosotros se podría hoy también decir que vegetamos en lugar de que vivimos! ¡Cuántos no buscan sino el pasarlo bien!

El mismo Séneca aconseja en otro lado a Lucilio no llevar vida de molicie, pues es preferible —literalmente— estar mal, es decir, vivir con molestias y trabajos (10, 82, 1-2). En la molicie, en la simple distracción, no hay ni siquiera libertad, por más que así se piense. Ahí no cabe ordenamiento, por tanto regulación. Distracción es, por tanto, diferente de descanso.

1.2. — *Descanso* es el ocio que sigue al trabajo. Aquí ocio, pues, equivale a reposo, a reparación y compensación de fuerzas, a distensión y expansión, de donde por cálculo —aquí sí hay, por tanto, libertad— habrá beneficio y mayor rendimiento posterior.

En este sentido, dice Heródoto que el ejército de Darío tenía “sjolén, antes de invadir Grecia (3, 134); así Menelao dice al Coro en Andrómaca que por no tener reposo se vuelve a casa (*Eur. Andr.*, 732-733), donde se podrá descansar (Cfr. PÍNDARO, *Nem.*, 10, 46; ARIANO, *Epict.*, 1, 27, 15).

Aristóteles, hablando del descanso, aunque aquí utiliza el término “aná-pausis” exige que sea necesariamente agradable, pues —explica— es una cura del desagrado producido por los trabajos (*Polít.*, 1339 b, 16-17). De ahí que proponga la música para ese cometido, como divertimento digno de los hombres libres (*Ibidem*, 1338 a, 21-24).

Cicerón, en el capítulo 1º del libro 3º del *De Officiis*, compara el ocio del Africano con el suyo. Dice que se retiraba del bullicio de la multitud a la soledad, de los empleos honoríficos al puerto seguro del descanso, mientras que él en ese momento, año 44, consideraba la soledad como obligada, por la privación de la vida pública y de los negocios forenses.

Pero al final de su segundo discurso *De Lege agraria*, contra el tribuno Rulo, en plena época de su actividad, año 63, increpando a los Quirites, equipara el ocio a la tranquilidad, a la paz, que merecen y tendrán no los que lo desean o los que compran honores, o gozan de poder y riquezas, sino los que respetan los sufragios, los que buscan la libertad en las leyes, los que apoyan el derecho en los juicios y en la rectitud de los magistrados, los que tienen sus asuntos domésticos en orden, los que se basan en el recto proceder y trabajo, en la virtud, en suma (36, 102).

Sólo, pues, tienen derecho a un reposo prolongado quienes han trabajado toda una vida, los ancianos. Así lo pide Horacio en una invocación a los dioses en su *Carmen Saeculare*: “di, senectui placidae quietem” (v. 46).

Tratemos hoy, con nuestro trabajo, de ganarnos ese descanso del mañana, para no merecer el reproche de “anónima vejez” (*Olímp.* I, 83) que Píndaro da a los que sin gloria (Cfr. *Pit.*, 4, 185-187) pasan sentados en la oscuridad inútilmente (*Olímp.*, 1, 82-84).

1.3. — El ocio debe ser, en consecuencia, productivo, y lo será si se es libre para aprovechar el tiempo libre ad libitum, en lo que uno desee. Ocio aquí significa, ante todo, *ocupación*. En Las Leyes de Platón se encuentra “sjolé” en este sentido, fundamentalmente llenado con la discusión (820 c.). Otro tanto en la *Política* de Aristóteles (Cfr. 1323 b, 39).

Cicerón en su *De Officiis*, hablando a su hijo Marco de Publio Escipión, el primer Africano, cita lo que de él dijo Catón: que nunca estaba menos

ocioso que cuando ocioso y nunca más acompañado que cuando solo (3, 1, 1), glosándolo el mismo Cicerón a continuación, hablando del estímulo de la mente y de la alergia de esta ociosidad y soledad, cosas que a otros hombres los postran (*Ibidem*).

Plinio distingue el ocio común y el perfecto. Este último, o total, permite al que lo disfruta emprender obras de gran empeño. El común significa la distracción, el descanso de las ocupaciones mayores por medio de la ejecución de trabajos menores, breves, agradables, delicados (*Ep.*, 7, 9, 9).

Horacio enuncia como "beatus" a aquel que, exento de toda preocupación, desembarazado de los negocios, se dedica como los hombres primitivos a la paz del campo, a la caza y al pastoreo (*Epod.* 2, 1-4).

Esa edad dorada poco duró. Pronto el hombre no fue libre, pues debió trabajar para otro. Ahí perdió, con su libertad, su ocio. He ahí la condena de los trabajos asalariados por parte de Aristóteles, "son viles —dice— porque privan de ocio a la mente" (*Polít.*, 1337 b, 11-15).

Una de las maneras de llenar el ocio es con el *estudio*. Cicerón ansiaba abundar de ocio y de estudio (*De Orat.*, 1, 6, 22).

El autor de la *Retórica a C. Herenio* —de acuerdo con Quintiliano, Cornificio— supeditaba el ocio al estudio (1, 1, 1).

Plinio el Joven, en una carta a su amigo Fusco, le aconseja estudiar en su retiro (7, 9, 1) y, sobre todo, *traducir* (*Ibidem*, 2), pues es una manera de descansar, de jugar o divertirse mientras se ejercita a la vez y, además, estos trabajos ligeros aguzan y regocijan el espíritu (*Ibidem*, 12-13).

Cuando el tiempo libre sea breve, al menos se podrá *leer*. Así lo asegura Cicerón en su *De Oratore*: "delectationis causa, cum est otium, legere soleo" (2, 14, 59).

Si se tiene más lapso, hasta se podrá *escribir*. Cicerón, en la misma obra, dice que se dedicará a escribir en cuanto se lo permita el ocio (1, 1, 3), a imitación de los griegos, Heródoto, Tucídides, Filisto de Siracusa, quienes, en cuanto lograron tener ocio, se retiraron a escribir *historia* (2, 13, 55-57).

La *filosofía* es otra de las nobles ocupaciones del ocio. Lo ideal sería hasta poder dejar el trabajo de cada día u organizarlo de tal modo que uno pudiera dedicarse a la filosofía (Cfr. ARISTÓTELES, *Polít.* 1255 b, 37) y como opción a la *política*.

La filosofía es, en efecto, o un lenitivo contra el dolor, proveniente tanto del desastre de la política cuanto de los problemas familiares (CICERÓN, *Acad. Quest.*, 1, 2), o para abastecerse espiritualmente con vistas a una acción posterior, para sacar preceptos que aplicar en un vivir honrada y felizmente (*De Off.* 3, 2, 1).

Séneca propone buscar la tranquilidad y revestirla del espíritu superior, independiente del giro de la propia fortuna y de los acontecimientos. En ese ocio lo que debe aprenderse es a despreciar la muerte (*Ep.*, 4, 36, 8).

En este tipo de *meditación*, al someter la razón, se someten a la vez las pasiones (*Ep.*, 4, 37, 4). Este es el ocio buscado por nuestros poetas del Siglo de Oro. Así decía Fray Luis en la Oda *La Vida retirada*:

"Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo  
a solas sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo" (36-40).

Séneca afirma taxativamente que el "otium sine litteris mors est" (*Ep.*, 10, 82, 3). ¡Cuántos poetas deben sus versos a sus ocios! Ovidio, por ejemplo, llama claramente a sus poemas "otia nostra" (*Tr.*, 2, 224). ¿De qué manera, pues, vencer la inercia y hasta la desidia, sino con el ocio, que Cicerón califica de moderado y honesto? (*Brut.*, 2, 8).

En él también se puede *planificar* el trabajo, como dice Catón que hacía el Africano, el cual, cuando no hacía otra cosa, meditaba "in otio de negotiis" (CICERÓN, *De Off.*, 3, 1, 1). Así el trabajo que siga al ocio será más efectivo y rendidor. Así serán creadores el ocio y el trabajo.

En fin, estos diversos aprovechamientos del ocio son la meta del sabio, quien se retira del bullicio, del ajeteo, para pensar o hacer algo útil, para cultivar, no la tierra al estilo de Horacio, sino la inteligencia y el espíritu, como tan bien lo expresó nuestro Fray Luis de León en la *Vida Retirada*:

"¡Qué descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!" (1-5).

1.4. — Algunos emplean su ocio en grupo, en *compañía de los amigos*. Ciro, poco después de tomar Babilonia, según refiere Jenofonte, se reunía con sus amigos, a veces tras largas horas de atender en audiencia a la gente que se agolpaba para verlo y consultarlo. En una ocasión se expresó en el sentido de que sería capaz de renunciar al resto de la felicidad si hacer grandes cosas se reducía a no poder tener un rato de ocio para holgarse con sus amigos "sjolén éjein metá tòn filón eufrañthénai" (*Cirop.*, 7, 5, 42). Ese momento reposaba al dialogar con ellos (*Ibidem*, 47), aunque fuera con uno solo (*Ibidem*, 52).

También Aristóteles en su *Política* (1313 b, 3) habla de "sjolé" en el sentido de reunión y conversación con otros.

Un valor parecido tiene otium entre los romanos. Cicerón escribe a Atico que confía poder tener ese rato cuando "in otium Venerimus" (*Ep. At.*, 1, 7). Ocio que, como dirá en otro lugar (*Part. Orat.*, 1, 1), es de la máxima importancia para dialogar, aquí entre padre e hijo sobre oratoria.

1.5. — Además la palabra "sjolé" da lugar a *escuela*. He aquí uno de los ocios grupales más interesantes, pues ésta, hoy institución social, comenzó siendo simplemente la reunión, luego el lugar donde se juntaban los que querían aprovechar su tiempo en algo productivo, aprendiendo de los que más sabían.

Los griegos clásicos usan "sjolé" como reunión con otros (Cfr., 1, 4) y más tarde como lugar de reunión para el estudio. Así Dionisio de Halicarnaso (*Isócrates*, 1; *De la elocuencia de Demóstenes*, 44); Plutarco (*Pericles*, 35; *Obras Mor.*, 42 a, 43 f); Arriano (*Epict.*, 1, 29, 34; 3, 21, 11).

En latín "otium" es fundamentalmente el aprovechamiento del tiempo libre como lo hemos presentado hasta ahora, pero sin el valor de "reunión" y mucho menos de lugar de estudio o "escuela". Cicerón nos dice que tomaron el término de los griegos para este fin. Son claros algunos pasajes a este respecto. En *Disputationes Tusculanae* (1, 4, 7) dice que, al estilo de los griegos, nos atrevimos a tener "escuelas", es decir, a juntarnos para ejercitarnos, fundamentalmente en la lectura y discusión. Así "schola" hace referencia principalmente a la disputación filosófica (*De Off.*, 2, 25, 3). Utiliza también el término

claramente en el sentido del "lugar" donde se habla, escucha, disputa y se aprende (*De Orat.*, 1, 13, 56); en ella se sientan (*Ibidem*, 1, 22, 102); o de ella se van (*Orat.*, 27, 95). En tiempo de Quintiliano ya era frecuente el término por el lugar (Cfr. escuela/casa 2, 3, 10; 5, 13, 45; escuela/foro 5, 13, 36.\*

## 2. — Ocio y trabajo.

Aristóteles afirma que es natural tanto el trabajo como el ocio, que ambos son necesarios, pero que el buen uso del ocio es el principio de todas las cosas y el fin del trabajo (1337 b, 3-35). Compara en otro lugar el ocio a la paz, pues si ésta es el fin de la guerra, aquél lo es del trabajo (1334 a, 14-16).

En el ocio las cosas con que se lo llena no tienen ningún fin sino ellas mismas, mientras en el trabajo son necesarias y ordenadas a otros fines (1338 a, 11-13). ¡Cuánta enseñanza se encierra en esta aserción! Hoy, que el mundo es utilitario al máximo, no puede ser comprendida la dedicación de los cultores de lo clásico.

Hoy, que todo se mide por objetivos de la máxima producción y del mínimo esfuerzo, no se entiende que haya gente dedicada a cosas improductivas, como son las disciplinas clásicas. Pero los verdaderamente libres son los que se consagran a ellas, somos nosotros, que perseguimos el ocio, que buscamos lo bello por la belleza misma. Los que se afanan por el trabajo —lamentablemente todos tenemos también que hacerlo— no podemos hallarnos en él, porque estamos privados de libertad, porque servimos a otros fines, a otros que, al decir del mismo Aristóteles, no se poseen (*Polít.*, 1338 a, 4-5). De ahí que el trabajo nos cueste. Fuimos condenados a ganarnos el pan con el sudor de la frente (*Génesis*, 3, 17).

Justamente el griego "pónos" es "pena" y "trabajo" al mismo tiempo, de donde fatiga (Cfr. *Iliada*, 1, 467; 17, 158; 15, 568; *Pínd.*, *Ist.*, 6, 79); lucha, combate (11, 6, 77; *Hes.*, *Teog.*, 881); sufrimiento moral (*Esq.*, *Pers.*, 327; *Sóf.*, *Ed. R.*, 233; *Pínd.*, *Nem.*, 10, 147), de donde pasará a fruto del esfuerzo (*Jenof.*, *An.*, 7, 6, 9, en cuyo sentido se usarán luego "érgon" y "práigma").

En el ocio, según Aristóteles, estará la felicidad y la vida bienaventurada, pues el ocio tiene fin en sí mismo (*Polít.*, 1338 a, 1-4), no así el trabajo, de ahí que en otro lugar propusiera que el que pudiera encomendar a otro su casa y compromisos se dedicara a la política o filosofía (*Polít.*, 1255 b, 36-37).

Pareciera, sin embargo, que aquí incitaríamos a la inercia y a la vacidad de una ociosidad mal entendida que ya condenamos (Cfr. 1.1 y 1.2). Está claro que del trabajo no nos podemos librar. Sólo los ricos pueden. Esto ya lo vio también Aristóteles, quien afirma que para disfrutar del ocio conviene disponer de muchas de las cosas necesarias (*Polít.*, 1334 a, 18-19).

Frente a algunas excepciones, la mayor parte de los mortales nos vemos obligados a estar casi todo el día trabajando, unos por necesidad, otros por avaricia, todos por falta de libertad. Mientras podamos evadirnos algunos momentos hacia el ocio, nos habremos salvado.

Muchos de los modernos no pueden, otros parece incluso que trabajan por desesperación, que quisieran ahogar en el trabajo sus fracasos y traumas, olvidar sus penas, hacer más ligera su angustia existencial. En el fondo quieren sofocar su cobardía de acudir al ocio en busca de serena reflexión y análisis de sus problemas. A muchos de éstos cabría lo que Plinio decía a su esposa Calpurnia, añorando a la distancia su compañía: "considera qué vida es la de

\* Omito intencionalmente otros valores por estar ya ajenos a la pretensión de este trabajo.

aquel que únicamente encuentra descanso en el trabajo y alivio en las fatigas” (*Ep.*, 7, 5, 2).

La civilización deberá proporcionar al hombre moderno el equilibrio entre el ocio-distracción y el ocio-producción. Con él dejará de ser esclavo para ser creador.

### 3. — Peligros y virtudes del ocio.

El que invierte los valores de trabajo y ocio, o los tiempos de ambos, pone en peligro no sólo su propia estabilidad, sino a su comunidad.

Nosotros, como el legislador de Aristóteles en su *Política*, debemos educar a las generaciones a nuestro cargo tanto para el trabajo como para el ocio, pues, ahora como antes, las ciudades permanecen incólumes mientras se esfuerzan, sea en la guerra sea en el trabajo, pero cuando aflojan, sea alcanzando el poder, sea disfrutando de descanso y esparcimiento, perderán el temple que tenían, al estilo del hierro (Cfr. 1334 a, 2-10).

El trabajo, que yo equiparo aquí a la guerra individual, obliga a los hombres a ser justos y morigerados, mientras el goce de la prosperidad que la paz trae consigo, o el ocio, como paz individual que es a mi juicio, los hará más soberbios. Por tanto, los que tengan riqueza o ventura, los que puedan disfrutar del ocio, tendrán más necesidad de filosofía, de templanza y de justicia (Cfr. 1334 a, 26-34). De ahí que cada uno deberá cuidar cómo emplear su ocio (1337 b, 34-35).

Considero que es diferente el vicio en el uso del ocio del hombre iletrado y del cultor de la inteligencia.

3.1. — El primero, por ignorancia, cae en uno de estos tres peligros: o lo pasa en el juego, o lo convierte en tiempo vacío, o se enfrasca más en el trabajo.

Contra el *juego* ya alertó Aristóteles en su tiempo, porque debía utilizarse sólo en medio de los trabajos, como medicina para lograr el descanso, pero no como un fin en sí mismo (*Ibidem*, 35-42). (Cfr. arriba 1.2).

Hay también aquellos que convierten su tiempo libre en *tiempo vacío*, en mera pasividad, de donde se accede a la inercia, a la abulia, al “agradable mal” de Eurípides (Cfr. 1.1). Conviene a éstos el reproche que Saint Exupéry dirigía en *Tierra de hombres*: “¡Cómo llenan, cuando son libres, sus absurdos y pequeños domingos!”.

Otros se lo pasan *trabajando*, porque se aburren cuando les toca la inactividad cotidiana tras sus ocupaciones u obligaciones. Estos tales, como decía Joseph Pieper, invierten la orden de “ganarás el pan con el sudor de tu frente, es decir el “trabajarás para vivir”, en “vivirás para trabajar” (Cfr. su *Catecismo del cristiano*).

3.2. — El cultor de la inteligencia está en inminente peligro de convertir su ocio en *retirada egoísta*. Cicerón dice que el hombre de talento, si no tuviera que preocuparse por el sustento, abandonaría los negocios por el ocio y el estudio (*De Offic.*, 1, 44, 4).

Es claro que no debe dedicarse al estudio abandonando sus deberes, públicos o privados, salvo como paréntesis (*Ibidem*, 1, 6, 2), y esto por otro tipo de razón, por haber uno nacido no para sí mismo únicamente (*Ibidem*, 1, 7, 3), pues primero está la comunidad (1, 44, 3), y los hombres deben anteponer las obligaciones para con los demás a los deseos de consagrarse al cultivo del entendimiento y de la sabiduría (*Ibidem*, 1, 44, 4).

4. — *Ocio y libertad.*

Es evidente que el *ocio verdadero es del hombre libre* o del hombre cuando es libre. Por supuesto que para el esclavo no hay ocio y que el hombre no puede aprovechar, ni siquiera disfrutar, el ocio, cuando no tiene libertad. En efecto, la libertad es, según definición de Cicerón, “potestas uiuendi, ut uelis” (*Paradoxa Stoicorum*, 5, 1, 2), “poder vivir cada uno a su antojo”, y no es justo que tanto los esclavos antiguos como los modernos no disfruten de esta “potestas”.

Es claro, pues, que debemos reclamar este derecho para todos los hombres, pues, según Justiniano, la libertad es una “*facultas naturalis*” (*Inst.*, 1, 3, 1), pisoteada, antes y ahora, por la fuerza —v.gr. el esclavo de cualquier tipo—, o paradójicamente vedada por la propia ley (v.gr. el preso, porque le han sido quitados ciertos derechos; o el ciudadano cumplidor, a quien no se le permite, por respeto de los derechos de los demás, hacer todo lo que se le ocurra).

Así, el esclavo, según Aristóteles, no pertenece a sí mismo, sino a otro, es una posesión de otro hombre (*Polít.*, 1254 a, 14-15).

4.1. — Como ya hemos dicho —y lo vio Aristóteles— el ocio no es para los esclavos (*Ibidem*, 1334 a, 20-21). Evidentemente que hay muchos tipos de esclavos, asignándose a éstos aquellos hombres de hoy —y lo somos la mayoría— que debemos realizar *trabajos asalariados*. Tales trabajos son viles, pues privando de ocio a la mente la degradan (*Polít.*, 1337 b, 11-14).

Todo trabajo asalariado, en efecto, indica un tipo de sumisión, dependiendo del tipo de dueño el poder gozar de más o menos libertad. Por razones de la subsistencia, de la familia, del cumplimiento del deber, etc., es uno incapaz hasta de reaccionar virilmente para salir de dicha situación, al estilo de los esclavos antiguos (Cfr. *Polít.*, 1334 a, 21-22).

Otro tipo de esclavo es el que *busca siempre la utilidad*, fin impropio de personas magnánimas y libres (*Polít.*, 1338 b, 2-4). Esto sí que es posible y necesario evitarlo. Haríamos, si lo logramos, un mundo más humano y seríamos auténticamente libres, pues nos desembarazaríamos de nuestra propia ambición.

Es, pues, libre el que disfruta de ocio, y no sólo por el hecho de poder hacerlo, sino porque se dedica a cosas que no persiguen la utilidad. ¡Qué acertado el razonamiento aristotélico que, cuando habla del aprovechamiento del ocio, cita a la música, pues la considera divertimento digno de los hombres libres (Cfr. *Polít.*, 1338 a, 21-24), al no tener otro fin que ella misma (*Ibidem* 12).

En este aspecto el ocio es liberador por antonomasia, pues en él nos sentimos dueños de nuestro propio tiempo, nos evadimos de las ataduras que nos imponen los demás, “no estamos bajo ningún rey, cada uno goza de sí mismo”, al decir de Séneca (*Ep.*, 4, 33, 4). En él tenemos la ocasión de encontrarnos a nosotros mismos en el recinto del espíritu, en la intimidad. Aunque sea brevemente, por lo menos ahí podemos hallar el desahogo de las preocupaciones y angustias que la lucha por el sustento y la vida nos imponen.

4.2. — Desde este aspecto, el ocio es también la *huida*, pudiendo llegar a ser el *recurso* de ese hombre moderno angustiado existencialmente. Los clásicos nos han mostrado también este camino. Cicerón pasó por estas dos experiencias. En dos períodos de su vida se retira a sí mismo el hombre público que era.

Después de un largo exilio de 18 años, al volver a Roma se encuentra que puede hacer muy poco en la época del primer triunvirato, cuando ya se anun-

cian las diferencias entre Pompeyo y César, por los años 54 y 52. Es justamente este período en el que escribe el *De Legibus* y el *De Republica*.

La otra ocasión en que huye hacia sí mismo coincide con su divorcio de Terencia (año 46), con la pérdida de su hija Tulia (45) y con el advenimiento de César a la Dictadura. Esto ocurre entre esos años y es precisamente el período en que escribe el *De finibus bonorum* y el *De Officiis*, entre otras obras.

Su postura es, por un lado, huída ante los problemas, por otro, recurso para no quedarse perdido en la vorágine de los sucesos. En su *De Officiis* nos dice respecto del recurso: "mi ocio se debe a la falta de empleo, no del deseo de descanso, pues, extinguido el Senado y suspendidos los juicios, ¿qué puedo hacer digno de mí en la curia o en el foro? (3, 1, 2), ya no hay República" (2, 1, 3).

Respecto de la huída, afirma: "Huyo de la vista de hombres perversos que abundan tanto y estoy solo cuanto puedo" (*De Off.*, 3, 1, 3). Desde entonces, ¡cuántos casos por el estilo podría contarnos la historia! Lo que importa es que se sepa aprovechar esos momentos como Cicerón.

##### 5. — Ocio y cibernética.

Estamos en la era de la cibernética, en la era de las máquinas, las que pueden sernos instrumentos para hacer más cosas, dándonos con la mayor potencia aumento de libertad, o restándonos ésta por la deshumanización a que también pueden llevarnos.

Digamos de entrada que, por más cosas que puedan realizar las máquinas, sólo podrán absorber nuestros trabajos serviles y hacer otros, mas nunca podrán crear en el auténtico sentido de la palabra, labor reservada al hombre.

Se exagera cuando se dice que los computadores son capaces de pensar como el hombre. El pensamiento que poseen es sólo el *algorítmico*, es decir, el regulable, el mecanizable. Nunca serán capaces de escribir otra *Iliada*, de inventar una ley como la de la gravedad, de componer un concierto como el del Emperador de Beethoven.

Desde este aspecto nunca nos suplantarán, pues hasta ahora ni siquiera han copiado el cerebro humano. Suponiendo, incluso, que lo hicieran, llegarán únicamente a lo deductivo, a lo que es aplicación de procesos, algoritmos en suma. No serán capaces de descubrir el pensamiento *heurístico* del hombre, que es también y, sobre todo, delirio, inspiración, intuición. En efecto, el espíritu humano llega a soluciones por caminos casi milagrosos; las máquinas por secuencias perfectamente seriadas.

Podrían copiar del hombre lo que éste tenga de "*empírico*", pero no de "*nouménico*", según la distinción kantiana. Podrán copiar lo que tenga de determinado, de sujeto a "causalidad", pero nunca llegarán al acceso del asiento de la libertad.

5.1. — Las máquinas, sin embargo, pueden *deshumanizar* si se erigen en fin, si desplazan al hombre. El mundo deberá cuidar, pues, de que éstas sean ejecutoras de planes de orden superior, como afirmaba ya Platón del "sybernetes" —etimología de cibernética—, pues el "piloto" recibe órdenes y las ejecuta sin más (*Gorgias*, 511).

Otro tanto afirmaba Aristóteles, quien distingue dos tipos de instrumentos: los inanimados, como el timón, los animados como el vigía o piloto (*Polít.*, 1253 b, 28-30).



Al aumentarse y perfeccionarse las máquinas, éstas deberían, cada vez más y mejor, realizar los trabajos serviles y permitir de ese modo más tiempo libre al hombre. Con todo, en la actualidad sigue siendo éste un esclavo de otros, sean personas físicas o invisibles sociedades, pues es a ellos que vende su tiempo, sus brazos, su cabeza.

La civilización no se incrementará con la sola producción, con los inventos de máquinas cada vez más perfectas, si por otro lado se priva al hombre de dignidad, si no se las aplica a ayudarlo o a reducir sus horas de trabajo.

Este propósito se va haciendo realidad en el mundo y no sólo en razón de la mayor producción por las máquinas. Mucho han contado también en esto las huelgas y quejas de los propios obreros, el clamor de las Sociedades Internacionales y la acción de ciertos Gobiernos. Recordemos que hacia 1935 León Blum proponía crear en Francia el "Ministerio de los Ocios".

5.2. — Retomamos nuestro punto de partida: el ocio. Es claro que, al llegar a este momento de su historia, la humanidad se enfrenta con el ocio como "problema", no como solución. En efecto, ¿podrá la civilización del mañana cuidar a la masa, al reducir tanto las horas de trabajo? ¿Le podrá dejar hacer lo que se le ocurra?

Una parte de esa responsabilidad deberán absorberla los medios de comunicación, pues deberán intervenir para graduar esa gran cantidad de horas de ocio, distrayendo, sí, pero a la vez proporcionando, ampliando conocimientos, educando. De otra forma, siempre existirá el peligro de que la interrupción de la vida cotidiana se convierta en ocio improductivo y hasta dañino.

Estará el peligro de que, como las tabernas ayer, se llenen los clubes hoy de gente que se refugie en el alcohol, o que se enfrasque en los vicios, para evadirse. Como muy bien dice un proverbio inglés: "sólo el 'gin' permite salir de Manchester". He aquí el problema de muchos hombres de hoy, a los que de nada les servirá el lanzarles reproches. Todos tienen *derecho* al ocio y el ocio tiene derecho a no ser sin más tiempo perdido.

Todos significa incluso las mujeres, a quienes debemos los hombres reconocer su trabajo. En muchos casos quedarse en la casa al frente de las labores de la misma entraña más trabajo y tensión que fuera.

Hasta ahora, como afirma Evelyne Sullérot, mejor cuadraba hablar del "tiempo libre" y de la "ocupación" de ellas, pues a juicio de los hombres no les eran aplicables los términos equivalentes de "ocio" y "trabajo" (Cfr. *Janus*, N° 7, oct. 1966, p. 197).

De no graduar y hacer provechosos los ocios, de no regular y humanizar bien el trabajo de las máquinas, llegaremos a encontrarnos con que el *equilibrio* a que aspiramos, y al que en no poca medida contribuyó siempre el trabajo, se rompa, siendo más perjudicial para la humanidad.

En efecto, sabemos del provecho de la terapéutica por el trabajo, conocemos que muchos lograban realizarse en él. Ahora bien, mañana, ¿llegará el ocio a poseer la atracción que hasta hoy tenía el trabajo? Deberá ser, a mi entender, al menos el logro de una "civilización de los ocios" hacia la que caminamos.